

## *Semblanza de Vicenta García de la Lama*

Alberto AIZPÚN

Fue durante el curso 1958-59 cuando, junto con otros Profesores de la entonces recién creada Escuela de Magisterio Experimental y Nocturna, acudí intencionadamente a conocer a alguien a quien se podía asegurar que había de tener una personalidad intelectual poco frecuente. A conocer a la persona y a felicitar a la Profesora, porque de una compañera se trataba. En el momento de las presentaciones me dijeron tres cosas: que se llamaba Vicenta García de la Lama, que tenía experiencia de años como Maestra y que venía de León; lo que no podía decirme nadie entonces era que a partir del curso siguiente tendría yo la fortuna de trabajar junto a ella en la misma Escuela durante más de un cuarto de siglo.

Y es que hace treinta años llegar como Profesora a una Escuela de Magisterio exigía una preparación remota muy sólida. Todavía estaba vigente el duro sistema de acceso mediante Oposición instaurado por la segunda República, la que supo crear en todos los niveles del Profesorado tantas ilusiones de trabajo nunca más repetidas. Para empezar, sólo veinte días antes del comienzo se daba a conocer un Cuestionario que había de tener más de cien temas y que recorría todo el campo de la correspondiente Licenciatura. Así, la única preparación posible de la teoría consistía en haber estudiado a fondo hasta tener de ella un conocimiento extenso y seguro. Como se ve, todo lo contrario del memorismo, contra lo que a veces se oye decir tontamente por los que hablan por boca de ganso.

El conocimiento de la teoría, con base en el Cuestionamiento, se mostraba a lo largo de tres ejercicios. En el primero había que exponer dos temas sacados a la suerte y sin otra opción; naturalmente, no sólo contaba el fondo de la cuestión sino también el estilo de la exposición escrita. El

segundo probaba la capacidad de síntesis oral y consistía en hacerlo con tres temas del Cuestionario, también dados por la suerte, en un tiempo máximo de una hora; saber jerarquizar los conceptos sobre el tema resultaba esencial, así como tener muy clara idea de qué era imprescindible y qué accesorio. Por contra, en el tercer ejercicio, también oral, se dejaba clara la extensión del conocimiento que cada uno tuviera porque se disponía de tres horas para preparar un tema que decidía el azar, como todos, y del que había que desarrollar en orden lógico todos los conocimientos que se tuvieran sobre él. Todo lo no expuesto se daba por desconocido y era una desdicha que alguien del Tribunal supiera algo que el opositor no había citado y que no fuera trivial, evidentemente.

Salvadas las tres eliminatorias se pasaba a lo que suele llamarse ejercicio práctico, cuya modalidad dependía de cada Licenciatura. Poniendo como ejemplo las Matemáticas, solía consistir en dos sesiones de seis horas cada una para resolver ocho o diez problemas en total y quien no lo hiciera con al menos la mitad ya podía quedarse en casa. Cada uno leía en público su trabajo, de modo que estaba cantado quién había de esperar mejor suerte en otra ocasión. Hágase una traslación de eso a cualquier otra materia y se comprenderá que la preparación remota citada al principio era decisiva, así como que el memorismo no podía servir absolutamente para nada.

Pero aún quedaba más, porque todo lo anterior se refería a conocimientos sobre las materias de cada Licenciatura. ¿Y qué se había estudiado, reflexionado, investigado, practicado, sobre la enseñanza primaria y sobre la formación de Maestros? Para poder exponerlo estaban los dos ejercicios restantes, de los que hoy se realiza una imitación recortada. El primero consistía en la exposición y defensa de una Memoria sobre las ideas personales que tenía el candidato respecto a los estudios y preparación en la materia de los futuros Maestros; eso obligaba a la inclusión de lo que hoy se llama un Proyecto que servía de base al ejercicio siguiente. Y esa Memoria era debatida no sólo con el Tribunal sino también con los restantes opositores si éstos lo deseaban. Si las ideas expuestas no eran personales y bien argumentadas sino una recensión de lo que otros habían publicado ya, pocas esperanzas de éxito quedaban porque los otros candidatos también las conocían, como bien pronto se podía dejar ver. Y por último había que dar una clase desarrollando uno de los temas incluidos en la Memoria formando parte del Programa propuesto. Tema que, como se ha dicho, lo decidía la suerte, y que comúnmente era desarrollado ante y con alumnos desconocidos hasta entonces. Yo puedo contar que hace unos años se me acercó en una reunión una persona que me dijo: «Yo fui uno de los estudiantes de Pablo Montesino a los que explicó los polígonos regulares en su ejercicio de oposición: soy el que Vd. hizo salir a la pizarra y al que echó una bronca porque hacía los dibujos temblorosos». Y añadió: «pasé el peor momento de mi carrera, pensando que por

mi culpa podía Vd. quedar mal». ¡No cabe duda alguna de que es una gran persona!

Pero si la simple entrada como Profesor o Profesora Numeraria resultaba difícil aún lo era más acceder directamente a alguna de las dos Escuelas de Madrid, especialmente a la fememina, que era entonces, con diferencia, la de mayor matrícula de España y que todavía conservaba en el pensamiento de muchos el halo intelectual que le habían dado tantos Profesores y Profesoras de primera línea como habían pasado por ella hasta la Guerra Civil. Añadiendo la centralización estatal entonces existente se comprende que las dos Escuelas de Madrid tuvieran muchos más candidatos que cualquier otra y por eso no bastaba con superar la Oposición como buen profesional de la materia y de su enseñanza sino como mejor. Había que obtener el número uno.

Pues bien, en aquel curso 58-59 supe que Vicenta García de la Lama había recorrido todo el difícil camino que ha descrito y aún otro previo nada despreciable: la experiencia en escuela pública como Maestra durante años, la brillante carrera universitaria, el auténtico alarde que acababa de hacer en sus ejercicios de Oposición; porque no fue cuestión de presentar certificaciones de cursillos semanales o de redactar una Memoria como resumen de lo que otros han dicho, sino de probar el dominio de la Lengua y la Literatura españolas, de la práctica escolar, de lo que es Maestro y de cómo se puede formar un buen profesional. Y supe que lo había hecho mejor que los demás. Así y en tal ocasión conocía a Vicenta. Quizá ella ni lo sepa, pero para aquellos Profesores de la Escuela Experimental Nocturna fue un modelo que permitía afirmar la valía científica y humana del Profesorado de Escuelas de Magisterio que ingresaba en aquella época.

El curso siguiente, 1959-60, yo puede seguir la estela que dejó Vicenta García de la Lama, como dos y tres cursos más tarde lo harían otros Catedráticos que por fortuna para la Escuela aún se encuentran en ella en activo. Inmediatamente pude observar la huella que la labor de Vicenta había imprimido en la organización de la Escuela y la seriedad pedagógica de sus planteamientos, basados en el conocimiento de la realidad escolar, en el de la idiosincrasia de las alumnas de aquella edad y desde luego en la amplitud de su saber. Y hay que decir que distinguirse por todo ello en aquella Escuela no era fácil. Cierto es que las Profesoras entonces en activo pertenecían a otra generación anterior y seguramente sus modos de pensar sobre el mundo, la vida y las personas eran distintos de los nuestros pero como profesionales de la enseñanza no tenían que envidiar gran cosa a nadie y yo creo que por nuestra parte aprendimos muchas cosas de ellas.

Recuerdo especialmente cómo durante mis primeros cursos iba observando el espíritu nuevo que Vicenta García de la Lama comunicaba a la Escuela para lo sucesivo desde su puesto de Jefe de Estudios mientras lo

desempeñó. Y para entender que eso fuera posible conviene saber que alumnas y Profesorado acudían a la Escuela diariamente mañana y tarde, que todo Profesor compartía veinticuatro horas semanales con las alumnas en clases de distinto tipo, no sólo teóricas sino también prácticas y de estudio o refuerzo. También que todas las alumnas de cada asignatura eran atendidas por el mismo Profesor o Profesora. En esas condiciones la función y el trabajo de la Jefe de Estudios no tenía su fundamento en la organización formal sino en la dirección pedagógica global, en la relación alumna-profesor, en el tipo de convivencia entre el Profesorado que desde la Jefatura de Estudios se sugería y que enseguida se echaba de ver.

Hoy ese tipo de trabajo no es solamente imposible, sino que resulta innecesario. El paso a la consideración de estudios universitarios ha llevado ventajas administrativas notables: los profesores hemos ganados más dinero que antes, hemos trabajados menos horas, se nos ha eximido de muchas responsabilidades y hemos recibido un alumnado de más edad trabajando en la realidad diaria con grupos reducidos. Pero ha aparecido también el mal del que adolecen casi todos los Centros universitarios y el nuestro de hoy una expendeduría de títulos. No hay que olvidar que el nivel de un Centro lo da la calidad de su Profesorado y mientras éste fuera como Vicenta García de la Lama tendría la consideración real de universitario de los de mejor calidad.

Pero volviendo a lo que describía quiero decir que en aquellos cursos de 1959-60 y siguientes el sólo intento de emprender desde la Jefatura de Estudios un proyecto que cambiara el espíritu de la Escuela tenía muchas dificultades y quien lo iniciara estaba seguro de tener que luchar prácticamente en solitario. Y si es verdad que para una simple lucha sobre cosas de menor cuantía sirve cualquier majadero reñidor o cualquier mona inquieta, si hay que convencer a otros ofreciendo solamente trabajo mayor y esfuerzo sin recompensa ni agradecimiento hace falta conocimiento auténtico y formación prolongada. A mi juicio eso es lo que tuvo y sigue teniendo Vicenta García de la Lama y no, como ella decía, aunque no se acuerde, oportunidad, ganas y suerte.

Yo creo haber encontrado con el tiempo una explicación de por qué hay un Profesorado que deja huella en sus alumnos, como Vicenta García de la Lama, y otro a quien recuerdan simplemente como personas que han cumplido su trabajo y con las que coincidieron durante uno o dos cursos. He visto que hay profesores que construyen un aparente ideario atendiendo a las normas que dicta el momento. Con buena intención y preparación escasa empapan su trabajo profesional con las orientaciones de la última moda, que proclaman como verdad no por ser moda razonada sino por ser última. Vicenta García de la Lama es de otra estirpe, a la que yo creo que no pertenecen muchas personas y es la que quienes comienzan su trabajo desde un previo conocimiento científico serio y después se autoimponen la crítica constante de su labor profesional. Es el di-

fácil y duro hacer elegido sólo por unos pocos de los que pueden mantenerlo siempre y de ellos Vicenta García de la Lama es un magnífico paradigma.

Yo admiro a ese raro tipo de Profesorado, como todo quien lo conoce, pero no lo envidio. Porque la permanente búsqueda de lo mejor suele llevar a un también permanente debate consigo mismo que muchas veces termina en insatisfacción personal crónica, tanto mayor cuanto más intensa sea el ansia de perfección. Más que un ejemplo, difícil de seguir porque requiere condiciones intelectuales y de sentimiento poco frecuentes, es un ideal fácil de proclamar por los demás y cuya evocación produce seguros aunque breves remordimientos entre los que no nos decidimos en su día a intentar la empresa.

Con todo, hay algo que se aprende o que simplemente se contagia en la convivencia con personas como Vicenta. Es al menos una parte de la independencia y la objetividad intelectuales que impregna todos sus actos y decisiones, que aparecen en ellas como si fuera natural y fácil cuando la experiencia prueba que es tan difícil. A lo largo de más de veinticinco años ha sido impensable por nadie de los que la conocemos que Vicenta quisiera tomar una decisión dependiendo de alguna sugerencia de alguien, amigo, compañero o autoridad, y sobre ello yo mismo podría relatar muchos casos en los que su independencia y su integridad serían tomadas como exageradas. Pero no lo hago porque en ella eso es consustancial y no anecdótico. En ese punto sí que ha de sentirse satisfecha, tranquila y orgullosa; cualquier otro lo estaría con muchos menos.

Además estoy seguro de que si ha huído de representaciones, discusiones bizantinas, protestas estridentes cuando parecían dar tono, discursos demagógicos, exhibiciones para ser vista y otros jolgorios tan repetidos y comunes, ha sido debido a su inalterable independencia y a su dura exigencia en los propios comportamientos. Siempre le ha bastado una ojeada de soslayo para reconocer lo que es interés personal disfrazado de propuesta desinteresada y lo que es vaciedad intelectual presentada como innovación.

Pero además de la independencia, ese tipo de Profesorado contagia también muchas otras cosas o poco que uno sea receptivo para la mejora. Quiero referirme en particular a lo que es el respeto al alumno, eso tan desconocido y tan mal interpretado. Vicenta García de la Lama, como no podía por menos, ha actuado siempre como una Profesora de las que se dice que es «exigente» y cualquier entendido sabe que ello se debe, precisamente, a su respeto por el alumno. Sólo los que desconocen las aptitudes y saberes que requiere el trabajo escolar o los que se desinteresan de la formación de sus alumnos por desidia o incapacidad, venden barata la parte de título que pueden dar, creyendo equivocadamente que recibirán agradecimiento cuando no mucho más tarde serán recordados como inútiles. El Profesor cuya exigencia se deriva de su dominio de las necesida-

des futuras que tendrá en la profesión el alumno de hoy, es recordado con agradecimiento y hasta admiración porque supo hacer un profesional cumpliendo con lo que tácitamente prometió y como de él se esperaba.

Este curso en que estamos, Vicenta García de la Lama deja de ser Profesora en activo. En la vida de cada uno, cuando se va para siempre una persona querida nos parece que hemos perdido anteriormente muchas ocasiones de haberla hecho más feliz; es un sentimiento conocido por todos. Pienso que cuando una Profesora de la estirpe de Vicenta García de la Lama se marcha, se siente que hemos perdido muchas ocasiones de aprender de ella lo que quizá ninguna otra nos pueda proporcionar ya. Y se convence uno de que es muy cierto que si bien a cualquier persona le puede suceder otra, hay algunas a las que nadie puede sustituir. Yo creo, sinceramente, que como Maestra de Profesores Vicenta García de la Lama es una de ellas.